

RUBEN DARIO,

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE.

Santiago I. Barberena,

REDACTOR EN JEFE.

REDACCION:

De las 8 de la mañana á las 6 de la tarde.

DIRECCION: Calle de La Aurora, 36

Teléfono, . . . . .

# LA UNION

Se publica todos los dias, excepto el Domingo.

Gonzalo Méndez,  
ADMINISTRADOR.

SAN SALVADOR, UN MES . . . \$1  
" " SEIS MESES . . . \$5  
DEPARTAMENTOS " " . . . \$5  
CENTRO-AMERICA " " . . . \$5

Los REMITIDOS y ANUNCIOS pagarán 20 centavos por pulgada, ofreciendo una rebaja para los que se abonen por un mes ó más.

ANUNCIOS, Recomendaciones, Gacetas, etc., Entenderse con la Administración.

## SUMARIO.

La Redacción: Nueva contestación al "Pabellón Salvadoreño". Noticias de Sonsonate.—Noticias varias.—Diario Oficial.—Rubén Darío: Literatura (Azul).—Chic: Teatro.

## NUEVA CONTESTACION al "Pabellón Salvadoreño".

Por segunda vez se ha ocupado el señor Redactor de "El Pabellón Salvadoreño" del decreto emitido por el Poder Ejecutivo el 25 del mes pasado, de la cuestión café.

Cuando ayer leímos la réplica del doctor Bonilla, no pudimos menos que recordar lo que dice el Padre Balmes en su Lógica, que muchas cuestiones se evitarían si de antemano se fijase el sentido de las palabras.

No estamos de acuerdo con el doctor Bonilla en que impuesto y depósito sean la misma cosa: se entiende que hablo de depósito tal como el que establece el decreto de que nos ocupamos.

Sería tanto como decir que el que paga una suma y el que consigna un depósito forzoso han hecho la misma operación.

Hay una parte común, un género próximo que lo constituye el hecho de hacerse un entero, pero hay también una última diferencia, es que en un caso el pago es definitivo y en el segundo provisorio.

De esta falta de conformidad en el modo de apreciar la naturaleza del arbitrio establecido por el Gobierno, depende que no estemos de acuerdo en el valor legal del decreto, y como quiera que el doctor Bonilla por su parte da por terminada la polémica, esperamos que la Asamblea resuelva lo más justo y acertado.

Respecto al grado de ingenuidad que entraña la reconstrucción del Palacio, y la necesidad de acumular fondos de antemano, baste decir que es la prudencia la que aconseja esto último para poder subvenir á los primeros gastos, que en el presente caso no serán de tres ó cuatro pesetas.

El argumento aducido por el doctor Bonilla de que nadie puede ser privado de su libertad ni de sus bienes sin haber sido oído y vencido en juicio, y que por tanto es un atestado el depósito ordenado por el Ejecutivo, es demasiado lato.

Insiste el doctor Bonilla en que el depósito de que hablamos solo grava á los cafeteros. Aunque en el fondo no es así, pues en último análisis productores y consumidores pagamos los derechos que el Gobierno cobra, aun admitiéndolo, ya hemos dicho que debe tenerse presente que es á los cafeteros á quienes brinda mayores lucros el suelo salvadoreño; y que, hoy por hoy, la mayor parte, sino todos los salvadoreños, especulan más ó menos este ramo.

Prescindiendo de si es ó no vicio el uso del tabaco, el hecho es que es un ramo muy secundario puesto en parangón con el café, que

acarrea á los agricultores que se dedican á su cultivo, modestas ganancias, y que es la parte más pobre del pueblo la que generalmente lo cultiva, es decir, la parte del pueblo que más ayuda á la nación con sus personas, la que ha servido siempre de tributario al capitalista.

Los cálculos económicos del costo probable del nuevo Palacio no sé si son ó no aceptables: me confieso profano en materia de presupuestos arquitectónicos; pero sí observo que los gastos no se reducirán á reedificar las paredes y colocar las ventanas, sino también al arreglo é instalación de numerosas oficinas, y entre otras la Asamblea, que el decoro nacional exige esté cómoda y decentemente instalada.

Del año nada diremos: decaído y suficientemente gravado, es ramo que no resiste recargo alguno: el Gobierno se ocupa de ver cómo levanta y da nueva vida á este antiguo renglón de nuestro comercio.

Si bien el Erario Nacional ha convalidado muchísimo de las profundas heridas que le causaron ayer, estas no están del todo cerradas: pesan sobre la Nación cuantiosos gastos, y numerosas obras de interés público y de suma necesidad reclaman la atención del Gobierno. Este no podría atender debidamente á todo y á la reconstrucción del Palacio sin arbitrar nuevos fondos.

Sentimos no estar de acuerdo con el señor doctor Bonilla, cuya opinión respetamos, y al cerrar á nuestra vez la polémica quedamos esperando el fallo de la opinión pública manifestado por medio de los representantes del pueblo, en el seno de la próxima Asamblea, á cuyo alto y superior juicio se someterá el decreto aludido.

La noticia que publicamos en seguida es una prueba más que viene á corroborar, desgraciadamente, los hechos escandalosos, de consecuencias tan funestas para el orden y el bien de la sociedad, que han comenzado á cometerse. Ya no parece dudable, en verdad, la existencia de una asociación de criminales que con mano alevé y siniestros propósitos, trata de saciar su sed de odios y venganzas inmotivadas, hijas solamente de sentimientos los más empedernidos y miserables. La voz de alerta á las autoridades de la República y á todos los ciudadanos honrados, debe continuar repitiéndose desde que se consumó el incendio del Palacio. La tentativa de incendio contra la aduana de Sonsonate, que se hizo después, así como el daño en el puente del Ceniza, de que se nos da parte, son hechos verdaderamente alarmantes. ¿Qué habría sucedido si arrancados los clavos y tornillos del puente del Ceniza, hubiera pasado el tren? La desgracia de víctimas personales habría sido terrible! Reflexiónese, y se llegará al convencimiento de que solo el brazo fuerte y enérgico de la justicia es el llamado á poner coto á los males con que viene amenazándose

á nuestra culta sociedad y á nuestro honrado pueblo. ¿Qué se siga la huella de los criminales y reciban éstos el condigno castigo, son nuestros anhelos!

Hé aquí el telegrama de nuestro activo corresponsal en Sonsonate:

Sonsonate, diciembre 5.

## Siguen las tentativas criminales.

Hoy amanecieron arrancados los clavos y tornillos de los rieles en toda la extensión del puente del Ceniza, que tiene sobre el río una altura como de 12 varas. Afortunadamente alguien notó lo que había y dió parte inmediatamente, lo que evitó grandes desgracias. Si las autoridades no andan celosas y activas para descubrir á los bandidos que se han propuesto destruirnos como ratas, de un momento á otro la cosa tomará serias proporciones, y quién sabe si quedé en pie el que deba entonar el de profundis! Veré que más averiguo.

El Corresponsal.

## NOTICIAS VARIAS.

1889.

❖ DICIEMBRE TIENE 31 DIAS. ❖

Sábado 7.—Santos Ambrosio, obispo, doctor y confesor y Victoria, casada y mártir.

☉ Luna llena, á las 3h. 56m. a. m.

### Boticas de Turno.

San Salvador.—La de Revelo y C<sup>o</sup> y la de San Rafael.

Santa Tecla.—La del doctor Tijerino.

Según datos recibidos en esta Redacción, corren susurros de que el autor de la muerte del joven Salvador Rodríguez S. de que habla un telegrama que aparece en la sección de remitidos del último número de *El Pabellón Salvadoreño*, es un individuo llamado Eulalio Mirón.

Como se ve la culpabilidad, si la hay, del Capitán Filadelfo Turcio, está en tela de juicio, y antes de que la autoridad judicial haya terminado las activas pesquisas que se hacen sobre el particular, no se puede hacer ninguna aseveración.

El Gobierno, como otras veces, está pronto á apoyar á los agentes del Poder Judicial, en sus actos, y á coadyuvar á que el delito no quede impune.

Por motivo de comodidad se han trasladado las oficinas de Redacción y Administración de este periódico á la casa n<sup>o</sup> 36 calle de la Aurora, donde estarán abiertas para el público á las horas acostumbradas.

Hace pocos días llegaron á esta Republica procedentes de Costa Rica los apreciables caballeros General don Rafael Echeverría, don Faustino Padilla y don José Joaquín Mora; deseamos que su permanencia entre nosotros les sea grata.

La casa comercial del señor Bousquet permanecerá en el lugar que hoy ocupa: la noticia que se nos dió y que anunciamos al público de cambio de sitio, es falsa.

El señor General Barillas, Presidente de Guatemala, ha dirigido últimamente una carta á nuestro colaborador y amigo doctor don Rafael Reyes, en la que le felicita por lo brillantemente que ha sostenido su última polémica con el "El Católico" y por las ideas liberales que defiende.

Según parece las fiestas de Santa Tecla, que empezarán el 18 del mes en curso, serán por demás alegres y divertidas, á juzgar por el entusiasmo de los preparativos. Los mayordomos trabajan ya con actividad. Muy bien! Se echará una cana al aire.

El director de la "Estudiantina Infantil" del Kindergarten no es el señor don Salvador C. Rodríguez como se dijo, sino el señor Erazo, según nos lo manifiesta la distinguida Directora señorita Agustina Charvín.

Hemos recibido el número 5, tomo III, del "Repertorio Salvadoreño." En la revista de revistas tendremos el gusto de tratar mañana con menos brevedad de los trabajos que contiene esta importante publicación, que son los siguientes:

- I. Estudio sobre el potencial eléctrico, por José E. Alcaine.—II. Don Eugenio María Hostos.—Cartas críticas por el señor don Ricardo Palma, por Eugenio María Hostos.—III. Adiós á Italia (poesía), por Calixto Velado.—IV. Ropa Vieja, por F. Gavidia.—V. Décimas, por Paulino.—VI. Efemérides centro-americanas, por Alberto Luna.—VII. Sombra (poesía), por Vicente Acosta.—VIII. El incendio del Palacio Nacional.—IX. La idea (soneto), por Ismael Enrique Arciniegas.—X. Notas científicas y literarias.—XI. Crónica.

También hemos tenido el gusto de recibir el número 9 de "La Republica de Centro-América," periódico de propaganda unionista, órgano del partido liberal guatemalteco. Entre el magnífico material que contiene descuellan el expresivo editorial intitulado *Los enemigos de la unión. Su labor antipatriótica*, que demuestra hasta la evidencia, en breves palabras, que los separatistas no tienen fundamento alguno en que apoyar sus ideas y tendencias.

Frases de aliento, de verdadero estímulo, dedica el colega citado en su *Crónica semanal* á nuestro Diario. Las agradecemos altamente.

### Movimiento de pasajeros

#### HOTEL ALEMÁN.

Diciembre 5.

Entró don Juan Antonio Escobar, de Suchitoto; salvadoreño.

Salió don José Salazar y señora, para San Miguel, salvadoreños; Mr. Leberiché, señora y niña, para Sta Tecla, americanos; el General Lozano y Capitán Miguel Nuila, para Cojutepeque, salvadoreños.

#### HOTEL DE EUROPA.

Diciembre 6.

Salió don Ignacio Gutiérrez, para Sonsonate; don Arcadio Travaniño y don Ramón Cuellar, para Santa Ana.

## DIARIO OFICIAL.

Acuerdo publicado ayer.—A solicitud de la Municipalidad de Mercedes, se ha autorizado á esta corporación para que establezca el juego de gallos en aquella localidad, previas las formalidades legales.

## LITERATURA.

### AZUL....

POB

RUBEN DARIO.  
PROLOGO DE EDUARDO DE LA BARRA.

L'art c'est l'azur.  
Victor Hugo.

Qué cofre tan artístico! Qué libro tan hermoso!

Quién me lo trajo! Ah! la Musa joven de alas sonantes y corazón de fuego, la Musa de Nicaragua, la de las selvas seculares que besa el sol de los trópicos y arrullan dos océanos.

Qué hermosas páginas de deliciosa lectura, con prosa como versos, con versos como música! Qué libro! todo luz, todo perfume, todo juventud y amor.

Es un regalo de hadas: es la obra de un poeta. Pero de un poeta verdadero, siempre inspirado, siempre artista, sea que suelte al aire las alas azules de sus rimas, sea que talle en rubíes y diamantes las facetas de su prosa.

Rubén Darío es, en efecto un poeta de exquisito temperamento artístico que aduna el vigor á la gracia; de gusto fino y delicado, casi diría aristocrático; neurótico y por lo mismo original; lleno de fosforescencias súbitas de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de alas fantasías, quimeras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto á la esperanza.

Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, si las fogosidades del nupen no lo consumen ó despeñan, Rubén Darío llegará á ser una gloria americana, qué tal es la fuerza y ley de su estro juvenil!

En la portada de su libro, sobre la tapa de su cofre cincelado brilla la palabra Azul... misteriosa como es el océano, profunda como el cielo azul, soñadora como los ojos azul-cielo.

L'art c'est l'azur! dijo el gran poeta. Sí; pero aquel azul de las alturas que desprende un rayo de sol para dorar las espigas y las naranjas, que redondea y sazona las pomos, que madura los racimos y colora las mejillas satinadas de la niñez.

Sí, el arte es el azul, pero aquel azul de arriba que desprende un rayo de amor para encender los corazones y ennoblecer el pensamiento y engendrar las acciones grandes y generosas.

Eso es el ideal, eso el azul con irradiaciones inmortales, eso lo que contiene el cofre artístico del poeta.

Y aquellas alas de mariposa azul de qué nos sirven? preguntarán los que nacieron sin alas. De qué sirve eso que flota en el vago azul de los sueños?

Contesta el poeta:  
*Pour des certáins étres sublimes, planer c'est servir.*

II.

Abramos el cofre Azul de Rubén para examinar sus joyas, no con la balanza y las gafas del juicio, no con las minúscas analíticas del gramático, sino para contemplarlas á la amplia luz de la síntesis artística capaz de abarcar en una mirada el conjunto de la obra, y de comprender la idea y el sentimiento que inspiraron al autor.

El poeta más original y filosófico

de España.—Campoamor,—dice: que, la obra poética se ha de juzgar por la novedad del asunto, la regularidad del plan, el método con que se le desarrolla y su finalidad trascendente. Y agrega: "á un artista no se le puede pedir más que su idea y su estilo, y, generalmente, para ser grande le basta solo su estilo."

No pensaros así los griegos. Para ellos el mérito de la obra estriba en el asunto, antes que en el estilo; en la idea poética, no en su ropaje. La cláude no hace al hombre.

Eran adoradores de la bella forma; pero más de las justas proporciones, es decir, del plan y su desarrollo.

El asunto,—que comprende el argumento y la acción,—es sin duda, lo primero. Dada la idea, la poesía la reviste de un cuerpo, la humaniza, la hace interesante para todos los hombres, ó, como dice el padre de las Dolores:—la idea se convierte en *imagen*, hay en seguida que darle carácter humano, y después, *universalizarla*, si es posible.

Creemos además, que la poesía debe cultivarse como medio de mejorar, deleitando el espíritu y elevándolo, y entonces, las brillantes fruslerías de los versos, las alas azules de mariposa, se convertirán en estrella que guía, en alas de águila que levantan.

La regla sería:—la ficción para hacer resaltar la verdad; el esplendor de la imaginación propia alumbrando la razón ajena y avivando la conciencia, la imagen para esculpir el pensamiento que inclina á la virtud y eleva la inteligencia.

He aquí en pocas palabras las miras de nuestra poética, y á ellas ajustamos nuestro criterio. Quien quiera aceptarlas, aplíquelas, si le agrada, al libro que le presentamos. El libro saldrá airoso de la prueba.

Apuntamos estas bases de criterio para los jóvenes estudiosos que quieren comprender este libro en su valor artístico: no las aplicamos, porque no es nuestro objeto, ni el lugar de hacerlo.

### III.

Pero estas no son por cierto, para los lindos ojos de las curiosas, astros errantes que recorrerán gozosos las poéticas páginas del Azul....

Yo les enseñaré á juzgar de las obras de arte con el corazón, como á ellas les gusta y acomoda. ¿Queréis saber cómo, lindas curiosas?—Oid.

Si la lectura del libro, ó la contemplación del lienzo y del mármol,—se produce una sensación de agrado, ó de alegría; si voluntariamente exclamais, qué lindo! tened por seguro que la obra es bella y, por tanto, poética. Si no podéis abandonar el drama ó la novela, y vuestros dedos de marfil y rosa vuelven y vuelven una página tras otras para que las devoren los ojos hechizados, ah! entonces, el autor acertó á ser interesante, lo que es un gran mérito y un triunfo. Si el corazón os late más de prisa, si un suspiro se os escapa, si una lágrima rueda sobre el libro, si lo cerrais y os quedais pensativa, ah! entonces, bella lectora, no os quepa duda, por allí ha pasado un alma poética derramando el nardo penetrante de su sentimiento.

La obra que deleitando, consiga dar luz á la mente y palpitaciones al corazón helado, si aviva la conciencia, si mueve á las acciones nobles y generosas, si enciende el entusiasmo por lo bueno, lo bello y lo verdadero, si se indigna contra las deformidades del vicio y las injusticias sociales y hace que nos intereseemos por todos los que sufren, decid que es obra elocuente y eminentemente poética.

Bajo las apariencias graciosas de la ficción suele ocultarse la fuerza de estas grandes enseñanzas, y entonces la obra llega á las altas cumbres del arte.

Aplicad, lindas lectoras, aplicad estas reglas del sentimiento á las armonías Azules, de Rubén Darío, y vuestro juicio será certero. Vuestros ojos, lo sé, derramarán más de una lágrima, vuestros labios gozosos dirán qué lindo! qué lindo!... y luego os quedaréis pensativas, como traspuestas, como flotando en el país encantado de los sueños azules.

### IV.

Dejadme hacer un poco como vosotros. Pues que se trata de un poeta y no de un filósofo, queden á un lado la escuadra y el compás del retórico. Quiero estimar por su ar-

ma á la flor, al astro por su luz, al ave por su canto.

Venid conmigo, palomas blancas y garzas morenas; para vosotras hablo ahora.

Nada de filosofía, nada de finalidades trascendentes, ni de abstracciones sensibilizadas, humanizadas y universalizadas. Eso, estoy seguro, hiere vuestros tímpanos delicados hechos para la música y el amor.

Conversemos del poeta; pero, sin murmurar, si es posible. Escuchadme.

Rubén Darío es de la escuela de Víctor Hugo; más, tiene á veces el aticismo y la riqueza ornamental de Paul de St. Víctor, y la atrayente ingenuidad del italiano d'Amicis, tan llena de aire y de sol. Describe los bohemios del talento como lo haría Alphonse Daudet, y pinta la naturaleza con la unción, el colorido y frescura de los autores de *Pablo y Virginia* y de la criolla *María*.

Os sonrís pensando, qué tiene de común Víctor Hugo, el relámpago y el trueno, con los idilios americanos de St. Pierre y de Isaacs, y con las escenas parisienses de autor de *Sapho*?

Son en verdad, estilos y temperamentos muy diversos, más nuestro autor de todos ellos tiene rasgos, y no es ninguno de ellos. Ahí precisamente está su originalidad. Aquellos ingenios, aquellos estilos, todos aquellos colores y armonías, se aman y funden en la paleta del escritor centro-americano, producen una nota nueva, una tinta suya, un rayo genial y distintivo que es el sello del poeta. De aquellos diferentes metales que hierven juntos en la hornalla de su cerebro, y en que él ha arrojado su propio corazón, al fin se ha formado el bronce de sus Azules.

Su originalidad incontestable está en que todo lo amalgama, lo funde y lo armoniza en un estilo suyo, nervioso, delicado, pintoresco, lleno de resplandores súbitos y de graciosas sorpresas, de giros inesperados, de imágenes seductoras, de metáforas atrevidas, de epítetos relevantes y oportunos y de palabras bizarras, exóticas aún, más siempre bien sonantes.

### V.

Acaso se apega demasiado á la forma; pero, esa es su manera: y, luego, que él no descuida el fondo. Acaso... Chit!... Acercáos más, lindas muchachas, estrechad vuestra ureda como las ninfas campestres en torno del viejo Anacreonte, y escuchadme, Sabéis? Su hermosa Musa tiene un defecto!

—Cuál!Cuál!  
—El ser demasiado hermosa!  
—Ah!... Oh!... Bah! Bah!...  
—Dejadme concluir: y presumid!... que dirías de la muchacha que untara de bermellón sus mejillas frescas y rozagantes? Qué, de la niña que vistiera perpetuamente de baile por parecer mejor?  
—Y eso á qué viene!  
—Váis á ver. El poeta tiene su flaco: esmalta y enflora demasiado sus bellísimos conceptos, abusa del colorido, del polvo de oro, de las perlas irrisadas, de los abejéos azules... y sin necesidad; mientras más sóbrio de luces y colores, más natural es y más encantador. Siempre el estilo ático fué más estimado que el estilo ródio por los hombres de buen gusto. La elegancia no consiste en el exceso de adornos, ni en la profusión de alhajas.

Pero, eso no es nada. Él sabe hacer elegante su riqueza y aceptable su colorido: el peligro es para sus imitadores, que creen tener sus vnelos, porque salpican sus salzas literarias con el áureo polvo, y su estruendo, porque se recargan de falsa pedrería como serafines de aldea.

Sigamos murmurando, como los críticos... Sabéis?...  
—Qué más, maestro!  
—El poeta tiene otro flaco... Os reis!... Eh!—callaré...  
—No! no! Hablad, por favor!...  
(Continuará)

## TEATRO.

Anoche en el Nacional, no escasa concurrencia.

Variada función de risa se había anunciado, y en efecto, se cumplió con el programa lo mejor que se pudo.

Se rió en el *Rondó final*, se rió en *Levantar muertos*, se rió en *El Lucero del Alba*, y si no se rió en el aria de *Lucia*, cantada por Reyes Retana, no fué por falta de buen humor, sino porque la cosa era de llanto.

La señora Murillo no trabajó, porque según se nos dice, la República del Salvador cuenta ya con un ciudadano más.

Muy pronto no trabajará tampoco la señora Calvo, y habrá un nuevo aumento de población.

Entonces si que se nos dará una *Mascota comme il faut!*

El *Rondó final* es una zarzuelita graciosa y ligera que no llamó tanto la atención.

La señora Palomera, de Clotilde, hizo más de un esfuerzo por salir del paso.

La señora Devis... pues... vamos... que....

González tuvo un éxito flaco, más flaco que él.

Y en resumen, Lopecito salvó la pieza.

Lopecito logró hasta domar su ronquera, que es cuanto hay que decir.

Público, algo frío. Pocos aplausos.

Pero llegó el momento de *Levantar muertos*, y como la empresa había podido ofrecer mil pesos al que no se riera, se estableció la seriedad general.

Individuos pobres y sentimentales, clase de cafetaleros, pensaron en permanecer impávidos, para cobrar á López Ochoa y hacer recaer sobre la Compañía el impuesto de mil quintales.

Más, ay!—este ay, es de triunfo—desde el comienzo de la comedia la hilaridad se declaró epidémica.

La señora Calvo, que es una buena artista y ha merecido los aplausos de diferentes buenos públicos, y que no ha podido hacer sobresalir aquí sus dotes por razón de santas é ineludibles situaciones conyugales, de los que pronto se verá libre, nos dió una buena *Carmen*.

La señora Palomera, que es muy simpática y graciosa—y digo graciosa no por la "gracia artística", que no la tiene, sino por la natural que Dios le dió y se la conserve—trabajó mejor que en el *Rondó de Pepa*. Y como Pepa, se mejoró también Paca, esto es, la señora Devis.

López Ochoa, actor de coturno, que hoy tiene por motivos especiales que mover sonajas y cascabeles, nos zenonó bien. Pero nos hizo pensar en el cortísimo é insignificante trecho que hay entre un monólogo de Hamlet y una pataleta risible de característico.

Nunca mejor que ahora, el aplicar lo de *necessitas caret lege*. La vieja traducción libre: la necesidad tiene cara de hereje.

Y vaya si es carga la que pesa sobre el pobre y simpático empresario!

Otra vez Lopecito. Desempeñó el Carlos, el muerto, con todo el donaire que él se tiene guardado para las tablas, porque quien lo ve en la calle, impasible y casi meditabundo, lo creería inglés. Me explicaré: de Inglaterra.

Esto, lo del carácter seco y hasta triste, en los actores cómicos, es cosa bastante común.

Recordais aquello de Peza: *Viendo Garrick, actor de Inglaterra?* Y es natural. Gastan tanta alegría que se quedan sin ella. La derrochan.

Recuerdo una excepción de actores cómicos, á este respecto, Ricardo Calvo, hermano de Rafael. El cual, para que se sepa aquí, porque es preciso que se sepa, es tío de la señora Calvo de López.

Pues bien, Ricardo es actor cómico admirable y persona alegre y ocurente fuera de las tablas.

Además, su talento... Pero estoy dejando mi revista principal por lo que huelga!

Sigo, pues, y como se trata de calvos, diré que el señor Calvo, cuyo nombre de pila ignoro, se portó plausiblemente de *Sinforosido*.

Pues señor, que estoy echando flores!

A quien le falta un ¡bravo!

Ah, al señor Domínguez.

Señor Domínguez: Bravo!

El señor Reyes Retana, es un apreciable tenor de zarzuela que ano-

che con muy buena voluntad y no mala voz, cantó el aria de *Lucia*.

El *Lucero del Alba*, por las señoras Calvo y Devis y señores López y Calvo, retribió.

Y abur.

CHIC.

## ¿Para qué sirven los ojos?

—Muchas veces me lo pregunto... y por más que me devano los sesos no sé qué responderme.

Así me decía el buen Clemente, ciego de nacimiento, á quien invariablemente hallaba no lejos de mi puerta al retirarme por las noches. Era un muchachote sano y fornido, lleno de vida y en cuyo rostro se hubiera visto retratada la alegría más completa, si aquellos ojos inmóviles y opacos no dieran un mentís á sus francas carcajadas.

Nuestro encuentro habíase transformado en costumbre, y aquel pequeño diálogo entablado en las primeras horas de la madrugada, las *buenas noches* que aquel condenado á eterna noche me dirigía, el apretón de manos y á veces el óbolo modesto que yo ponía en la suya, eran para él la señal de la partida, y casi siempre cantando, sin exhalar la menor queja ni mostrar el menor disgusto, abandonaba su esquina mi buen ciego.

—Yo solo pido por la noche—me decía.—Dicen que el día es muy hermoso, y no me creo con derecho á inspirar lástima, ó hacerservir de reclamó á mis tristes ojos, ni más ni menos que si fuera yo un mochuelo. Además, durante el día estoy ocupado; hacemos media mi hija y yo... y la enseño cantares y maravillosas historias.

—¿Tu hija?—le pregunté asombrado.

—Mi hija... en efecto... lo único porque deploro mi falta de vista...

—Ciego, pobre y demasiado joven... el tener una hija indica tendrás una mujer, y es casi un lujo en los tiempos presentes y en tus circunstancias.

—Cá... no señor... la pobre niña se acurrucó á mi lado una noche de invierno hace cuatro ó cinco años... apenas si andaba y si sus labios hubieran podido pronunciar otras palabras que papá y mamá, dado el caso que el frío se lo hubiera permitido. ¡Qué había de hacer! Al retirarme, y lo hice antes de la hora fijada, procuré abrigo aquel cuerpecito helado, pero lleno de vida según su anhelante respiración, y llegué á mi casa, donde unas vecinas me pusieron al corriente de mi hallazgo, diciéndome era una niña bonita como las estrellas... Yo, pobre ciego, ignoro cómo son estas, aunque según se dice, me las han hecho ver algunas veces...

pero, créame usted, deben ser muy bellas; que cuando á mi lado tengo á la pequeña, cuando en mi rostro curtidó siento sus labios, experimento un gozo infinito... tanto, que hasta creo ver, pues veo por sus ojos...  
—Una buena acción...  
—No, señor... una buena acción cuando se halla la recompensa, deja de serlo. Soy feliz y no lo era antes; antes en lo triste parecía una funeraria... ahora me ve usted gozoso, sin penas... lo que me ha hecho preguntarme en ocasiones (para qué sirven los ojos? Si no para ver... sirven para llorar; pero aun, al menos, si no veo, soy feliz y á buen seguro que hace tiempo que las lágrimas no acuden á ellos...)

Pasaron unos años, diez ó doce... y, sin casi motivo para ello, creí notar en mi ciego alguna tristeza, que coincidió con algunos días de ausencia suya. Los años no habían en balde pasado y Clemente era ya un hombre. Cuando le preguntaba por la niña, me contestaba en muy distinto tono del que hasta entonces empleara... O había aumentado la sensibilidad del ciego, ó los años habían cambiado su carácter y hecho huir aquella felicidad de que se mostraba un día tan satisfecho.

Una noche en que al entrar yo en mi casa se marchaba él de su puesto, le vi sentarse de nuevo, dejar la guitarra á su lado y ocultar en las manos el rostro. Oí que sollozaba y que hondos suspiros se exhalaban de su pecho.

La curiosidad, ya que no la com-

pasión, que no está bien nos atribuyamos cualidades más ó menos excepcionales en los presentes tiempos, hicieronme llegar á él é interrogarle por la causa de sus penas.

—¡Penas... penas!... ¡me es dado sufrir!... y el buen ciego reía á más y mejor.

—En vano quiere usted ocultarme... la causa... es ella.

—¡Ella!—y aquel ella, lo dijo en un tono que heló mi sangre.

—¡La niña!...

—La niña... no existe.

—¡Ha muerto!...

—Ha muerto, sólo para el ciego.

—Poco franco es el amigo de tanto tiempo, de tantos años... hace usted mal.

Pasaron algunos instantes, al cabo de los cuales el ciego se levantó, cogió su guitarra y con frase entrecortada, al mismo tiempo que me pedía mil perdones y prometía hacerme en el día siguiente sabedor de su secreto, rechazó una mísera limosna que puse en su mano, diciéndome:

—¡Para qué!... ¡soy rico!... ¡muy rico!... y sin embargo, he perdido toda mi fortuna, ¡me han robado mi tesoro!

Y como un loco, el pobre hombre desapareció tras de la esquina.

Así empezó su relato al día siguiente:

—Ya le dije, mi buen señor, que una noche me encontré, arrebujado en mi tosea capa, una niña, que aunque me dijeron era bella y bonita como las estrellas, yo, sin verla, digo que vale más que el cielo todo.

Tendría cuatro ó cinco años á lo sumo... después, yo fui para ella su padre, ella fué mi vida, y á medida que los años se pasaban y á unas situaciones seguían otras, á escaseces, bienestar y estrecheces, á holgura, me sentía cada vez más atraído hacia aquel ángel, cuyas palabras cariñosas llegaban á mis oídos. Era la única persona que me trataba como á igual; sus lágrimas fueron las primeras que he sentido rodar por mis mejillas cuando de ella me despedía y hasta mi la levantaba. Era niña, y sin embargo, mis pobres ojos ni la causaban risa ni miedo.

Pasaron años... tantos que ya al despedirme, solo tenía para abrazarme que elevarse sobre las puntas de los pies. Y todos hacían de ella mil elogios... Mire usted, señor, había quien nos creía hermanos, por mas que tuviese yo algunos años más que ella. Sin saber cómo, se me ocurrió que andando el tiempo, yo podía ser más que hermano para aquella niña.

De alegría sirvió en el barrio la noticia que con gozo infinito propaló ella misma como ventura suprema. Todos se alegraban, dábanme el parabién y poco á poco mi triste vivienda rebosaba dicha.

Un día... se acabó mi ventura.

Llamaron y abrí. Eran, según dijeron, pues solo percibía sus voces duras y amenazadoras, unos representantes de la autoridad.

Me acusaron... me acusaron... como raptor de aquella niña... ¡un ciego, raptor!... y después... tanto y tanto dijeron, tales acusaciones, que llegué á impacientarme, más que por mi desventura, aguijoneado por las dulces palabras y sollozos de mi niña, única defensa del desvalido. Me levanté, la estreché en mis brazos, quise defenderla con mi cuerpo, emplear todas mis fuerzas acumuladas durante toda mi vida en castigar la avilantez de aquellos infames; pero pronto me hice cargo de mi situación y mi impotencia, encorruándome agarrado á mi pesar, luchando en vano y arrastrado en medio de risas y cuchicheos á la cárcel.

—¡El ciego!... ¡valiente pájaro!

—¡Quién lo diría!...

—Y yo que le creía un bendito y tantas y tantas veces me he quitado el pan de la boca para dárselo.

—Fíese usted.

—¡Pillo... granuja!

Y sobre todas aquellas palabras de befa sonaba el estruendo de un coche y sollozos comprimidos que más que á mis oídos llegaban á mi alma.

Me tuvieron algún tiempo preso... era un criminal... después se sobrelleó la causa y un día me pusieron en libertad y en mi mano abandonaban un paquete de billetes de Banco que representaban algunos miles de duros y que yo rechazé.

No volví á mi casa, y si aquí lo he

hecho, ha sido sólo como costumbre y sin darme cuenta... Buenas noches, señor... Usted ha sido muy bueno para mí. Dios le premie sus beneficios.

—El alivie sus penas—le contesté apesadumbrado.

Otro intervalo de años siguió á la precedente escena. Habían pasado muchos y casi tenía en olvido á mi pobre ciego, á quien no volviera á ver, cuando una noche al retirarme le hallé cantando gozoso y contento como en sus mejores tiempos.

El inesperado encuentro me llamó la atención de un modo extraordinario.

—He encontrado á mi niña, y será mía... solo mía... se lo juro.

Me pareció ver en sus ojos fulgor, hallar en ellos cierto brillo; me aproximé y con asombro ví que de ellos se desprendían lágrimas abundantes.

—¡Lloro usted, mi buen Clemente!—le pregunté.

—Lloro... sí... lloro; pero es de gozo; esta noche estaré á su lado. Yo, que tanto he sufrido; yo, que sin contar muchos años estoy viejo y con la cara llena de arrugas... yo, que desesperaba de volver á ser dichoso, lo seré... La he encontrado... al cabo de tanto tiempo. Esta mañana me apartaron bruscamente y sentí que censuraban mi torpeza, cual si en mi mano hubiera estado el no haberme dejado atropellar por un carruaje que á todos hacía asombrarse. Pregunté y supe que el tal carruaje era carro fúnebre y que conducía á una joven, hija de una de las principales familias de la nobleza.

Llegaban á mis oídos alabanzas sin tasa y maravillosos datos y exageraciones. Unos decían que había sido educada en París la pobre joven muerta á los diez y ocho años. Otros no la conocían, hasta que una anciana, con voz trémula por la emoción, contó la verdadera historia.

Pues bien... aquella joven era ella. Había muer... mi tesoro volvía á estar á mi alcance... lo estaba de hecho.

Como un borracho, y sin darme cuenta, seguí el entierro. Entre los grupos de curiosos me deslicé y oí repetir la historia. No me cabía duda... era ella. En uno de los criados ó mayordomos creí percibir la voz de uno de los que en hora fatal la arrebataron de mi lado.

Era rica y la ceremonia duró algún tiempo, sucediéndose respuestas á respuestas y preces á preces en los labios del clérigo y alabanzas mil, frías y políticas, en los de los asistentes.

Después nada... la soledad más completa. Quedé solo y arrodillado sobre la removida tierra, y ó fué delirio de mi mente... ó la vi como vemos los ciegos... con los ojos del alma... era ella... mi bien... mi tesoro... Decidí estar á su lado... y si Dios es Dios, y si todo lo puede, y si es bueno y misericordioso, no se lo negará al pobre ciego.

Me retiré con la idea de que se había vuelto loco aquel desdichado.

A la mañana siguiente los periódicos anunciaban el suicidio de un ciego en uno de los cementerios de la corte, ignorándose las causas que motivaron su determinación.

J. P. ANDROVER.

## ¡POBRE PERRO!

Hace tiempo vivía en Roma cierto personaje sumamente rico; aquel hombre era senescal de la ciudad. El palacio que habitaba lindaba con la antemuralla que rodeaba á aquella. Desde hacía nueve años que estaba casado, y no obstante sus grandes deseos, jamás el cielo le había hecho la gracia de concederle un hijo, de lo cual estaba desesperado...

Cuál no fué, pues, su gozo, cuando su mujer llegó á ser madre de un hermoso niño; aquel acontecimiento colmó de alegría á toda la ciudad, pues el senescal era muy querido en Roma, á causa de su lealtad y de su extrema cortesía, siéndolo aun más su mujer, por la dulzura de su carácter y su caridad.

Los dos no tuvieron ya más que un pensamiento, su hijo; más que una sola preocupación, la conservación de aquel ser querido, al cual le fueron prodigados los más tiernos, los más minuciosos cuidados; además de la nodriza, se colocó cerca de

él á dos criadas, cuya misión exclusiva era no ocuparse sino del adorado rapazuelo.

El senescal, gran aficionado á los animales, tenía en su casa un oso, que estaba en el patio, atado y con bozal. Un día de Pentecostés, los romanos, queriendo divertirse según su costumbre, fueron á rogar al senescal que les prestase su oso, durante algunas horas, para hacerlo combatir con varios perros (pues estos combates de animales feroces, que están tan de moda en España y en el Mediodía de la Francia, nos vienen de los romanos.) El senescal consintió de buena voluntad, y se llevaron al oso. El lugar destinado á la lucha era un gran llano á lo largo del Tíber. Acudieron á aquella cruel diversión, cardenales, caballeros, gente de la clase media, mujeres suntuosamente ataviadas, en una palabra, toda la ciudad. El mismo senescal no pudo dispensarse de ocurrir en compañía de su mujer, seguido de todos los criados de su casa, no quedándose en el palacio más que la nodriza, las dos criadas y un precioso perrito de doce á trece meses, al que quería mucho el senescal, y al que por precaución encerró antes de salir, de miedo que no fuese á ocurrírsele al animalito seguirle entre la multitud y se encontrase, sin quererlo, mezclado en el tumulto de los perros combatientes y furiosos; imprudencia que jamás se hubiera perdonado.

Las tres mujeres que se quedaron en el palacio, apenas se vieron solas cuando empezaron á aburrirse. Los ladridos de los perros, el ruido de la multitud y los gritos de júbilo que oían desde lejos, iban á irritar incesantemente su instinto de curiosidad, hasta que al fin no pudieron resistir. Apenas acostaron y durmieron al niño, pusieron su cunita, sin hacer reflexiones, en el suelo, y se subieron precipitadamente las tres hasta la parte más alta de una de las torres del palacio, con el fin de ver al menos desde allí, algo de la lucha. Ay! estaban muy lejos de prever todas las lágrimas que aquella fatal curiosidad y aquel abandono pasajero del pequeñuelo, les iban á costar!

Una inmensa serpiente vivía, desde hacía mucho tiempo, en una de las hendiduras de la antemuralla; en aquel instante, la casualidad, ó más bien la fatalidad, hizo que saliese de su agujero; á fuerza de resbalar y de arrastrarse por aquí y por allá, llega al fin hasta la sala á donde se introdujo por la ventana. Pronto el reptil ve al hermoso niño, más blanco que la flor de lis, tranquilamente dormido. Allí está su presa... se lanza sobre él. El perro se hallaba en aquel momento acostado en la cama de las ayas del pobre niño; pero estaba en guardia. Al ver la serpiente que se precipita arrastrándose en la pieza, se arroja poniéndose delante de la cuna, y entabla con ella una terrible lucha. Bien pronto los dos combatientes están cubiertos de sangre; en sus impetuosos movimientos vinieron á voltear la cama, pero de una manera tan propicia y tan providencial, que el niño, sin haber recibido el menor golpe, sin haberse siquiera despertado, se encontró perfectamente abrigado y resguardado con los mimbres protectores de la cuna. Al fin, después de un largo y encarnizado combate, llegó el perro á apoderarse de la cabeza de la serpiente, y se la trituró, matándola en consecuencia. Luego, extenuado de cansancio, lleno de heridas de su lucha con el reptil, aquel pobre perro se vuelve á subir á la cama para seguir vigilando.

Entretanto, la lucha del oso acababa; los espectadores comenzaban á volverse á sus casas; las tres mujeres bajan entonces de la torre. Al ver aquella cuna ensangrentada y volteada, no tuvieron aquellas desgraciadas más que un pensamiento, pensamiento espantoso y rápido como el rayo: que el perro había matado al niño. ¡Oh! entonces pierden la cabeza; no piensan ni siquiera en voltear la cuna, hasta ese grado están atarantadas; mucho menos se atreverán á esperar la vuelta de sus amos... Qué harían? qué les dirían? Toman, pues, precipitadamente la fuga.

Y el espanto las ha turbado de tal manera, que huyen precisamente por donde deben volver sus amos. La

madre es la primera que se encuentra con ellas; viéndolas correr de aquel modo, como locas, las detiene, espantada á su vez: "¿Adónde váis? exclama. Qué ha pasado? Qué ha sucedido con mi hijo? habla..." Las mujeres se arrojan á sus pies para implorar su perdón, y con voz entrecortada por los sollozos, le confiesan toda la verdad: su fatal imprudencia, y lo que creen horrible verdad, el asesinato de su hijo consumado por el perro. Al oír aquella noticia, la señora cae del caballo sin conocimiento; el senescal, que iba tras de ella, llega en aquel momento. Su mujer está moribunda; investiga qué accidente ha podido ponerla en aquel estado. Á la voz de su marido, abre los ojos y exclama: Ay! monseñor, compartid mi desesperación; lo que amaba yo más en el mundo después de vos, ese hijo que hacía vuestra felicidad y la mía, ha muerto...! el perro que tenéis lo ha devorado! Aquellas palabras hacen estremecer al senescal como si un rayo hubiera caído á sus pies; nada responde, y precipita sus pasos hacia el palacio.

Quién podrá describir las horribles angustias de aquel desgraciado padre, al recorrer con precipitación vertiginosa el espacio que le separaba de su hijo... Ay! aquel pobre padre era digno de inspirar lástima, pues estaba loco, delirante. En efecto, á sus espaldas dejaba á su mujer, llena de desesperación, moribunda, y en aquel estado se veía obligado á abandonar en la vía pública, al cuidado de sus criados, del primer extraño que pasara; y delante de sí, la desoladora imagen de su hijo, herido, despedazado, luchando talvez contra las últimas ansias de la agonía, ó si no ya frío, helado por la muerte. Por fin sofocado, alcanzando apenas respiración, llegó á la puerta del cuarto fatal.

Apenas abrió la puerta, cuando el perro vino corriendo á saltar á su alrededor, lamiéndole y acariciándole. A pesar del dolor que le causaban sus heridas, el fiel animal le manifestaba su alegría con sus saltos y sus aullidos. El senescal lo mira; le ve el hocico ensangrentado, y en aquel momento, ciego de cólera, saca su espada y le corta la cabeza. Se deja caer sobre el lecho de las criadas, y allí, recostado, deplora su desgracia.

Pero, mientras se entregaba así á la desesperación, de repente se despierta el niño y lanza un grito; el padre se avalanza á su socorro, levanta la cuna... y qué ve en ella? á su hijo á quien creía muerto, que le sonrío con dulzura. Fuera de sí, grita, llama... llega todo el mundo... la madre, en la ceguedad de su alegría, toma al querido niño en sus brazos, no encuentra en su cuerpo ni huellas de dientes ni heridas. De todos los ojos corren lágrimas de felicidad; buscan por todos lados, y al fin descubren en un rincón de la pieza el cadáver de una serpiente, cuya cabeza triturada justificaba el combate y la victoria del pobre perro. El senescal reconoce en éste el salvador de su hijo idolatrado, y por premio de su adhesión y su bravura, lo había matado con su propia mano! Ay! su sentimiento fué entonces inexplicable, llorando mucho tiempo su lamentable error. La crónica añade que, para expiarlo, se condenó á la misma penitencia que si hubiera sido realmente culpable de la muerte de un hombre.

Un hábil pintor ha reproducido y puesto en escena esta tierna historia. Si visitas alguna vez la magnífica galería del Museo del Louvre, buscad ese cuadro; allí lo encontraréis... y, al verlo, estoy seguro, vuestros ojos se sentirán húmedos.

LOUIS CHRÉTIEN.

## El porvenir de los diamantes

Desde tiempo antiguo ha sido el diamante objeto de admiración por su belleza, y de lujo por su costo.

Ha sido también considerado como emblema, y en los modernos tiempos se le puede considerar hasta como un dios del paganismo, adorado por algunos ojos femeninos á través del cristal de un escarapate.

Mucho se ha escrito acerca del diamante, de su producción, y de los más

notables por su tamaño y valor que se han conocido.

Entre las principales minas de diamantes, figuran las de Kimberley, de Boers, de Toit's Han y de Bulfonteins, en el Cabo.

Su producción es un misterio hasta que aparece mezclado con el barro azulado que se extrae de las minas. Sábese que su composición química se reduce simplemente á la cristalización del carbono puro, pero ningún químico ha sido capaz hasta hoy, de obtener tal cristalización.

El trabajo en dichas minas exige cuidados muy especiales, y vigilancia extraordinaria sobre el gran número de obreros que á ello se dedican, y que pertenecen á la raza negra.

Síguese para con ellos el *compond system*—sistema compuesto,—que consiste en ajustar á los negros por un tiempo determinado, que generalmente es de dos meses. Durante ese tiempo habitan en un lugar que comunica directamente con la mina donde trabajan, y del cual no pueden salir bajo pretexto alguno pues allí tienen todo lo necesario para su subsistencia.

Al terminar el tiempo del contrato, los negros que no quieren renovarle son conducidos á una habitación especial, donde son minuciosamente vigilados por espacio de cuarenta días y provistos de unos guantes de cuero, suficientemente asegurados, que les permiten tomar los alimentos y objetos de gran tamaño, pero de ninguna manera un diamante.

Todas las manipulaciones que se hacen con un diamante, desde que se encuentra entre la tierra de la mina hasta que tallado aparece formando parte de una alhaja, son en extremo delicadas y es una de las curiosidades que se ofrecen á los visitantes de la actual Exposición de París.

Pero tanta riqueza como representan las minas de diamantes está amenazada gravemente por sí misma, por exceso de producción.

Cálculase que el mundo entero consume próximamente dos millones de quilates de diamantes cada año, ó sean 419 kilogramos. Parece inexplicable que se consuma tal cantidad tratándose de un cristal indestructible; pero el hecho es cierto.

Ahora bien, las cuatro grandes minas del Cabo solamente producen casi el doble, y aún sería posible conseguir el triple. Habiendo tal desequilibrio entre la producción y el consumo, sostenido por largo tiempo, es fácil prever que llegará día en que los diamantes valdrán muy poco dinero, si el proyecto de fusionarse las compañías mineras para regularizar la producción no lo remedia.

HOMO.

## FOLLETIN.

## JUAN MORNAS

NOVELA ORIGINAL

POR

JULES CLARETIE.

(Continuación.)

—¿Qué cosa tan extraña; no he visto en mi vida cosa más rara!

—Un hombre ó una mujer!—repitió Pomeroy.

Pero la pregunta no tuvo respuesta.

Por fin, una especie de contracción nerviosa pasó por el rostro de la joven, cuyas cejas se fruncieron, dando súbitamente á sus ojos azules una expresión terrible.

—Un hombre,—dijo bruscamente, y como haciendo un esfuerzo.

—Muy bien! (exclamó el doctor con vivacidad). ¿Y por qué ese hombre te entregó los papeles?

—¿Por qué? ¿por qué?

Y la joven seguía siempre sin dar una respuesta clara, y con la misma expresión de lucha interior.

Indudablemente, un resto de voluntad, de voluntad firme y dominante, quedaba aún en la pobre niña de la primera sugestión.

Entonces Pomeroy, reuniendo toda su fuerza magnética, trató de dirigir á Lucía hacia el acto que quería hacerla representar delante de todos.

La ordenó que renovase, que representase con los mismos gestos, la escena de que aquella habitación había sido teatro.

Lucía se colocó en el dintel de la puerta de entrada, y vacilando un instante, miró al lecho en que quizás creía ver al impedido. Después se adelantó, y dirigiéndose hacia la cama del paralítico, alargó su ma-

no derecha como si entregase una cosa, que podrían ser las pruebas corregidas que había llevado de parte de Juan Mornas, y cogiendo el cordón de la trompetilla acústica, le estiraba en toda su extensión, como para apartarle del alcance del anciano.

Hecho esto, se arrodilló, como buscando en los estantes bajos de la biblioteca el atlas de donde había robado los billetes, imitando el doblar de las hojas y el separar de ellas los dichos billetes de Banco, que escondía apresuradamente en su pecho. Volvía luego la cabeza con espanto, y encogía su hombro, como si le sintiera oprimido por aquella mano flaca y nerviosa que la había sujetado, imitando rechazar aquel espectro con un gesto de horror. Después dirigía sus miradas hacia la cama desierta, recogiendo precipitada algo que juntaba y reunía, como si fueran las hojas de las pruebas que había llevado, y que podrían estar desparramadas sobre el lecho del pobre paralítico. Y, por fin, echando una mirada de espanto al lado del ángulo de la biblioteca donde el anciano había caído, y con cuyo pico se había herido de muerte, salió apresuradamente, igual que si huýera de la vista del cadáver, que no estaba allí, pero que su imaginación, ó más bien, la voluntad de Pomeroy, impuesta por medio de la sugestión, la mostraba espantoso y sangriento...

—¡Ahora (dijo el doctor, cuyo corazón latía con violencia), ahora, anda! ¿Dónde vas?

Lucía no contestó; pero empezó á andar por el despacho del señor de la Berthiere, creyendo dirigirse á la estación, y haciendo el movimiento de tomar el billete. Después se sentó en una silla al lado de la biblioteca, como si fuese el asiento del vagón, quedando allí algunos momentos. Luego se levantó de su silla, creyendo que el tren se había detenido, y, bajando del supuesto coche, echó á andar, y dió varias vueltas al rededor de la habitación; por fin, miró hacia arriba, como si buscase algunas señas ó números de su casa, y, no sin vacilar algunos momentos, franqueó una puerta, figurando luego subir escalones imaginarios...

—¿Dónde estás?—preguntó entonces el doctor.

—¿Dónde estoy?

—Sí.

Siempre la misma vacilación y la misma lucha interior.

—En la calle de Racine,—dijo por fin.

—Me parece que vamos á conseguir algo,—murmuró el médico del Depósito.

El Juez hizo una seña al Escribano, el cual sonreía y parecía responder:

—"Ya está tomada la nota".

—Habla del barrio latino: si estará ennamorada de algún estudiante?—pensaba el jefe de seguridad.

—Calle de Racine, número... , dijo Pomeroy.

—Número...

La joven trataba de recordar.

—No sé (respondió al cabo de algunos instantes); no lo sé... de verdad.

—Busca, acuérdate.

Lucía frunció las cejas.

—¿Cuando os digo que no lo sé!

—Dejadla, querido amigo (dijo el médico del Depósito á su colega); pues temo que, insistiendo, un ataque de histerismo.

El Juez de instrucción, congestionado y con el rostro rojo, interrumpió bruscamente, como un hombre á quien despiertan de una pesadilla.

—Pero, ¿qué es lo que pasó? ¿Está dormida ó despierta?

—No; está en estado de sonambulismo.

—¿Pues qué! ¿todo esto no es el magnetismo de los charlatanes? ¡Estais seguros seguros de que esta joven no representa una comedia!

—Mandadla que vaya á la puerta,—respondió con senillez el médico del depósito, dirigiéndose á Pomeroy.

Pomeroy, que dominaba y captaba á Lucía, la dijo:

—Ve á la puerta.

La joven obedeció.

—Ahora (dijo el médico de la prefectura, hablando á los dos agentes colocados de guardia á la entrada), cogedla por las muñecas y sujetadla bien, casi con todas vuestras fuerzas.

—No temáis (dijo uno de ellos); no se moverá.

—Bien. Llamadla vos cuando queráis.

Los agentes oprimían en sus toscas y grandes manos las débiles muñecas de la pobre Lucía, que se asemejaba á una niña castigada entre aquellos dos hombres de anchas espaldas y de espesos bigotes.

—Lucía (dijo el doctor Pomeroy); Lucía, ven.

Pomeroy había levantado la mano; y de pronto, irresistible, como una locomotora á quien tratan de detener, la delicada joven había rechazado á los dos mozos robustos que la sujetaban, y mientras que el uno de ellos trataba de reír recogiendo del suelo su sombrero, el otro miraba con su faz negra y barbuda, en la que se retrataba el espanto, á aquella niña enferma, que se le escapaba y que había llegado en línea recta y como fascinada ante el viejo doctor, que estaba asombrado de sí mismo por el resultado que obtenía.

—¿El nombre; preguntadme el nombre ahora!—exclamó el Juez, á quien estos fenómenos habían entusiasmado.

—Sí, el nombre,—repitió el jefe de seguridad.

Y Pomeroy, tomando una vez más las manos de Lucía, y estrechándolas nerviosamente, clavó sus ojos en los ojos de la joven.

—Ahora, Lucía, me vas á decir quien te envió á casa del señor de la Berthiere... ¿A quien obedeciste?... ¿Quien te aconsejó?... ¿Quien te obligó á venir?... ¿Quien te entregó los papeles para el paralytico?... ¿Quien?... Y como la joven vacilase, luchando siempre contra aquella orden, perseguida por la obsesión de la orden primitivamente aceptada:

—¡Acuérdate! ¡Habla! (exclamó Pomeroy). ¡Quiero que hables! ¿lo entiendes?... ¡Quiero!... Conoces perfectamente al hombre que te ha mandado venir aquí...; le estás viendo en este momento...; está ahí, á tu lado...; dime su nombre...; pronto... ¡Te exijo que me digas su nombre!...

Pero el doctor, asustado, se detuvo bruscamente.

Torturada Lucía por la lucha interior que venía sosteniendo, caía como herida por un rayo; y si Pomeroy no la hubiese sostenido, apretando aún más sus manos, hubiera venido al suelo.

El médico del Depósito se precipitó entonces hacia la joven, á quien ya los agentes sostenían por la cintura.

El Juez de instrucción cambiaba una mirada de asombro con el Jefe de seguridad, mientras que el colega de Pomeroy, mostrando á Lucía que se agitaba en movimientos convulsivos, con los brazos en cruz, y su inocente carita de niña anémica medio cubierta por las rubias mechadas de sus cabellos, decía:

—Presenta todos los caracteres del histérico en su más alto grado... porque hemos abusado mucho, mi querido Pomeroy, y la hemos producido un ataque...; pero importa, pues lo que no hemos podido averiguar hoy, lo sabremos con seguridad mañana.

Y mientras destapaba un frasco de éter, decía al juez, que estaba muy conmovido:

—Aquí tenéis un ejemplo de que el *bis-cad la mujer*, no es siempre verdad. Cuando el crimen es femenino, lo que es menester es buscar al hombre.

XVII.

Una casualidad grandísima hizo que al día siguiente se encontrasen frente á frente en la calle Juan Mornas y el doctor Pomeroy. En otra ocasión, Juan hubiera tratado de evitar su encuentro con el doctor, á quien juzgaba insupportable con su idealismo y sus virtudes. Había dicho á menudo que no le gustaban los beatos; pero, en esta ocasión, Juan no trató de ocultarse del doctor, que, habiéndole reconocido, le detuvo.

Mornas escuchaba lo que iba diciendo el médico con un gran interés, el recuerdo de aquel joven que en compañía suya había seguido el féretro de la señora Lorin, le asaltó al instante, y tomando el brazo de Juan, le dijo:

—A fe mía, que tal vez vos podáis darme algunas indicaciones... ¿Habéis vuelto á ver á Lucía Lorin después de la muerte de su madre?

Juan miró al bondadoso rostro del doctor, para convencerse de que aquella pregunta no había sido hecha con una oculta intención.

—No (respondió Juan con naturalidad); no la he visto, ó... casualmente la habré encontrado, lo mismo que hoy á vos.

—¡Ah! (dijo Pomeroy). ¡Qué lástima, qué lástima!... ¿No podrías indicarme á alguien que frecuentara su casa? ¿Sabéis la acusación que pesa sobre ella?

—Sí,—respondió Mornas, mientras que un sudor frío bañaba su rostro, y una presión extraña le hacía pedazos el corazón.

—A mi juicio (decía Pomeroy mientras andaban), es inocente; pero la prueba de esta inocencia es difícilísima... ¡Pobrecilla!

Y con la cándida sencillez que le era peculiar, contó á Juan Mornas las experiencias que habían hecho el día anterior el viaje á Versalles, la hipnotización de Lucía, y, por último, el ataque de histerismo, que la había acometido.

Mornas palideció. Estaban en la esquina formada por las calles de *Montmartre* y *Saint-Enstache*.

Pomeroy se sorprendió de la repentina palidez que invadió el rostro de Juan; pero el joven dominó bruscamente su turbación cuando el doctor le preguntó:

—¿Qué tenéis?

(Continuará.)

ANUNCIOS.

A los compradores.

La venta que de su casa de habitación está haciendo la señora *Guillermo Prado*, y que vive al extremo sur de la calle del Comercio de esta ciudad, será nula; porque tiene por objeto defraudarme en el crédito hipotecario que tengo en dicho inmueble y por el que está ejecutada y sentenciada.

Agustín Punes.

San Salvador, Dbre. 4 de 1889.

4—1 alt.

BANCO INTERNACIONAL DEL SALVADOR.

FUNDADO EL 25 DE AGOSTO DE 1880. Capital suscrito... \$ 1,000,000 Id. llamado... 500,000 Fondo de reserva... 36,000

Descuenta documentos de comercio que no pasen de seis meses de plazo con dos firmas á satisfacción ó garantías colaterales suficientes, además abre Cuentas Corrientes para girar en descubierta sobre prendas ú otras garantías colaterales.

Adelanta sobre productos exportables contra conocimiento, hasta tres cuartas partes de su valor.

Vende y compra letras sobre Europa, Nueva-York, San Francisco, Panamá, Guatemala, Nicaragua y además sobre las plazas de esta República, Cojutepeque, La-Libertad, Suchitoto, San Miguel, Santa Ana y Sonsonate.

Hace además toda clase de operaciones bancarias.

Actual tipo de descuento, 5% Mínimum. 7v.

San Salvador, de 1889.

AVISO PERENNE.

JUAN MIGUEL GONZALEZ,

originario de Suchitoto, ha desaparecido desde que fué CEDIDO por \$2,000 á la Municipalidad de su pueblo. Se ofrece una buena gratificación á la persona que lo presente á la Alcaldía.

San Salvador, noviembre 23 de 1889.

DR. JUAN FRANCISCO PAREDES, Abogado y ESCRIBANO PÚBLICO,

ofrece sus servicios profesionales en la ciudad de Santa Tecla; casa frente á la del General Molina Guirola.

Andrés Amaya,

VENDE la parte de terreno que posee en la cima del cerro de San Jacinto hasta el camino carretero que conduce á todas aquellas fincas. Dicho terreno está cubierto de paja que permanece verde y sirve de buen pasto para el ganado en todo tiempo; en su mayor extensión está cercado de zanja y madera; mide como ocho manzanas.

La misma persona COMPRA novillas y novillos de 2 á 4 años. En la Oficina Central de Telégrafos se obtendrán más detalles.

5—6 seg

Agencia. LOS QUE DESEEN SUSCRIBIRSE A LOS Periódicos Científicos QUE EDITAN LAS CASAS DE Gautier Villars y Nouy de París, á la Biblioteca Matemática de Enestróm y á la Gaceta Científica de la Universidad de Lima, pueden dirigirse al que suscribe que tiene encargo especial de los editores respectivos de recibir y arreglar suscripciones. La nómina de los periódicos y condiciones de la suscripción les manifestaré en mi casa de habitación. San Salvador—Calle de La Aurora, núm. 24.

PETROLEO Ó GAS

muy blanco (150°) acaba de llegar á la "Farmacia Salvadoreña" del doctor José Esteban Velasco, á \$10 caja. ¡¡¡OCURRID!!! que se acaba.

5—1 alt.

A lo positivo, lector.

¿Queréis vestiros á la última moda y encontrar las telas más finas y de buen gusto?

Pues pasad á la "Sastrería Independencia". Donde encontraréis lo siguiente:

- Ternos de Levita, de paño. Id. de colores. Id. de Saco, de casimir. Id. de cotones de jerga, para camino.

Chalecos de piqué de seda y lino, blancos y de colores.

Tengo vestidos propios para no sofocarse, pantalones y cotones de Dril de Cañamo. Pantalones y cotones de Algodón.

Lo mismo que casimires de todas clases y colores, para ternos de levitas y sacos.

Jergas inglesas de la mejor calidad. Cortes de piqué de color para chalecos. Materiales de sastrería de toda clase.

Se atiende con esmero toda clase de trabajo con dos días de anticipación.

Todo á precio sin competencia.

Os invito á que paséis y quedaréis satisfechos de la amabilidad de su propietario, que siempre está dispuesto á complacer los gustos más exigentes.

Portal Norte de la Plaza de Armas.

M. C. Herrera.

San Salvador, noviembre de 1889.

DR. E. CALDERON, Médico y Cirujano

Horas de consulta:

De la 1 á las 4 de la tarde.

San Salvador, noviembre 5 de 1889.

En los trabajos de puentes de este ferrocarril, se necesitan

20 carpinteros, quienes se pagarán á 14 reales diarios, cada uno debe traer azuela y serrucho.

P. P. Brannon. Director de Construcción.

En los trabajos de puentes de este ferrocarril, se necesitan 20 carpinteros, quienes se pagarán á 14 reales diarios, cada uno debe traer azuela y serrucho. P. P. Brannon. Director de Construcción. San Salvador—Calle de La Aurora, núm. 24.

Mercedes R. de Melendez

Vende giros sobre San Francisco. San Salvador, noviembre 23 de 1889. 16—4 alt.

LOTERIA del Hospital de Guatemala.

Gran sorteo extraordinario para el 24 de diciembre próximo,

Primer premio: \$ 8,000.

Magnífica combinación!

El billete vale \$4, en octavos de 4 reales.

Se venden aquí, en la Farmacia de Araujo y Comp<sup>a</sup> y en Santa Tecla, en la Farmacia del Mercado.

¡Ocurrid, que se ACABAN!

15—10 alt.

LA AGENCIA de la acreditada fabrica de pianos de H. Kohl-Hamburgo, la tiene en esta capital el Sr. don Enrique Drews, con quien podrán entenderse los interesados. Nov. 9 1889. 11—alt.

DOCTOR FRANCISCO C. RODRIGUEZ, Abogado. San Salvador—Casa N<sup>o</sup> 42, esquina frente al Hospital. 13v. alt.

A los topóneros.

El lunes 9 de diciembre se empezará á dar TOPONES entre Rancho Bartolo y la Ceiba del Guarumal. P. P. Brannon.

Fuego y carga.

Quien quiera tener en su casa dos vacas paridas que producen el GASTO diario para una numerosa familia, que ocurra al Café del Siglo XX. Allí encontrará de venta á un precio muy barato un magnífico piano y un BIL-LLAR EXCELENTE, ambos semovientes son muy buenos, nuevos, quitan el sueño, la monotonía y curan hasta la TISIS.

La persona que pueda comprarlos, se sacará el PREMIO GORDO de la Lotería que próximamente se correrá en la Luisiana y entonces exclamará con admirable prosopopeya: NON PLUS ULTRA. Entenderse con el que suscribe, quien tiene el propósito de venderlos con la plata ó sin ella. Juan A. López. San Salvador, Dbre. 5 de 1890. 2v.

Dolores Solís,

niña menor de edad, desaparació de mi casa, y deseando que dicha joven vuelva á mi dominio, suplico á las autoridades me la remitan de donde quiera que se encuentre; igualmente suplico á los particulares me noticien al saber su paradero. Agradecerá tan señalado servicio. Camen Solís. San Salvador, Nbre. 30 de 1889

AL PUBLICO.

De hoy en adelante firmaré Miguel F. Navarro, para evitar confusiones con el doctor Miguel A. Navarro. Miguel F. Navarro. 5v.

Un JOVEN con buenos informes, desea ocupación en el comercio ó como escribiente; respecto á su conducta y honradez puede presentar recomendaciones de personas conocidas en esta capital. Informarse en la dirección de "La Unión" ó en casa de D. J. Miguel Callejas. 2v. San Salvador, Dbre. 2 de 1889.

A. de GILBERT Nuevo Libro — DE — Rubén Darío. Aparecerá dentro de poco y se venderá en la Librería Española de Pozo, frente al Parque Central y en la Administración de "La Unión." El libro va acompañado de un retrato de A. de Gilbert, litografiado por el Sr. Guevara.

Sacos Usados Grandes, fuertes y sanos, propios para transporte de café en cereza, se venden á dos pesos docena y en cantidades de diez docenas ó más á doce reales docena. Im. s. Pérez Parraga y C. Noviembre 27

"La Unión" SE VENDE EN ESTA CAPITAL en los lugares siguientes: Farmacia de "El Globo." Almacén de los señores Abaunza & H<sup>o</sup> Farmacia salvadoreña del doctor José E. Velasco. Farmacia del señor Rivera. "Las tres Bolas de Oro." Nevería del señor d'Aubuisson. Casa del señor don Leonardo Mena.

AL PUBLICO Como apoderado de los señores Pettor y Ducout Jenne de París, manifiesto que la hacienda "Santa Eligia" de los señores Manuel Prieto y hermanos, situada en jurisdicción de la Nueva San Salvador, está embargada por mis poderdantes, y cualquiera venta, ó hipoteca que dichos señores quieran hacer, será, en consecuencia, nula. San Salvador, diciembre 2 de 1889. Juan Gomar. 10—3

AVISOS MATRIMONIALES. SEÑORA extranjera, recién llegada, de alguna edad, pero rica, desea matrimonio con joven trabajador, sin vicios. No habla español. Dirección —Redacción Unión. Correspondencia en inglés. 5—3 alt.

Un joven inglés, de buena posición social, 25 años de edad, con pequeña fortuna, desea contraer matrimonio con señorita de educación, bien parecida y regular capital. Se solicita correspondencia. Dirijirse James, Redacción Unión. 5—3 alt.

JOVEN sin posesión, buena educación sin vicios, desea tener relaciones con señorita rica. Objeto, matrimonio. Dirección. Arturo.—Redacción Unión. San Salvador, diciembre 6. IMPRENTA NACIONAL.